

IRENE H. ARAUZ

LA TORMENTA DE NICOLLE

Libros de
seda

*A Gonzalo, por todas las horas que me has prestado,
por el brillo de tus ojos que es la luz de mi vida.*

PRÓLOGO

—Te he dicho que no, ya he dejado ese mundo. Me estoy dedicando a otras inversiones. No me interesa en absoluto el negocio.

Leo paseaba arriba y abajo por el porche de la enorme casa, hablando por teléfono muy enfadado. Aunque no estaba gritando, sí desprendía desprecio en cada palabra que pronunciaba.

—¿Cómo puedes decirme que al final lo haré? No hay nada que puedas ofrecirme que me interese, ya no. Y no hace falta que me vuelvas a llamar dentro de un mes con una oferta que no voy a poder rechazar porque ya te adelanto que no voy a volver a hacer nada. Deja de joderme, no nos debemos nada, sabes que hay mucha gente dispuesta a participar —seguía diciendo a su interlocutor con el tono más amargo que podía.

No entendía a qué estaba jugando cuando todo su entorno ya sabía que él había decidido desaparecer...

... ¿cuándo podría dejar de mirar tras su hombro, de sospechar, de vivir con esa incertidumbre?



Si hubiera conocido las conversaciones que Leo tuvo con aquellos tipos o yo le hubiera contado las mías, nos habríamos ahorrado

semanas de incertidumbre, de secretos dolorosos y de misterios. Pero estaba claro que mi vida desde hacía unos cuantos años ya no era la existencia tranquila de aquella niña que se crio en El Castillo junto a sus padres y a sus amigos. Ya nada era lo mismo desde que decidí poner tierra de por medio. Como tampoco la vida de Leo era la misma que fue años atrás, cuando viajaba por todo el mundo con sus padres y, más tarde, por su trabajo. Cada uno hemos vivido experiencias muy diferentes que nos han permitido conocernos.

Jamás pensé que beber aquel licor ambarino con sabor a bosque supondría el paso decisivo hacia una nueva vida en la que, sobre todas las circunstancias, era mi madurez lo que más importaba. La primera decisión que marcaría el resto de mi futuro se presentaba ante mí de manera tan sutil que no fui consciente, hasta pasadas varias semanas, de lo que significaría aquella noche en los campos de lavanda. Una noche de tormenta en la que pasé a otro nivel de experiencia. Sin romper con mis amigos (con ellos nunca romperé) y mi realidad, todo dejaría de ser intrascendente, desde esa noche empecé a valorar a todas las personas que me importaban mucho más, con más seriedad, con más sensatez, de forma más inteligente.

Leo tampoco podía imaginar lo que pasaría después de aquella noche. Había decidido confiar en mí y me demostró que pondría su vida en mis manos, aunque en ese momento lo estuviera haciendo de manera inconsciente. Dejó claro que se fiaba de mí.

No puedo olvidar su mirada aquella noche, ni sus nervios, ni su enfado evidente. Pero tampoco su miedo, ni la confianza que había decidido poner en mí meses atrás. Parece que han pasado años desde que nos conocimos, pero tan solo unos meses me han hecho crecer de esta forma. Este tiempo y la historia de su pasado...

CAPÍTULO 1

—¡Ya voy, ya voy!

«No puedo creer que sean tan escandalosos; mis vecinos van a matarme», pienso mientras el claxon del automóvil de Jorge pita sin descanso y de fondo puedo oír también sus carcajadas, junto a las de Claudia y Laura.

Echo un último vistazo a mi reflejo en el espejo, no estoy mal del todo, tengo ojeras, pero es lo normal cuando llevas sin dormir bien más tiempo del que a cualquiera le gustaría. Hace mucho que los ojos, de color azul claro, no me brillan. He decidido dejarme el pelo suelto para no tener que molestarme en peinarlo, no tengo ánimos ni para eso, así que me dejo suelta la melena, ondulada, que estaría mejor si al menos me hubiera molestado en desenredarla. Mis amigos me han llamado hace unos diez minutos diciendo que venían hacia mi casa y que más me valía estar lista, «no hace falta que te arregles, sal con lo que lleves puesto», me ha sugerido Jorge por teléfono. Ganas no me faltan, pero, aunque no estoy en mi mejor momento, todavía no llego al punto de salir en pijama. Así que me he colocado unos *jeans*, mis zapatillas de deporte negras y una camiseta gris de manga larga, neutra y anodina como mi estado de ánimo, como en este momento veo mi vida. «Podría estar peor y querer salir en chándal o no querer salir», me digo a mí misma para consolarme, mirando la imagen que me devuelve el espejo.

Sé perfectamente lo que tratan de hacer mis tres amigos: intentan que salga y me anime. Esta parece ser su única misión en las

últimas semanas cuando sus obligaciones se lo permiten, e incluso cuando no. Son conscientes de que no estoy llevando bien el regreso a casa, a esta exclusiva zona residencial, El Castillo, donde hemos crecido y vivido hasta que, hace algo más de siete años, decidí terminar los estudios de Arte en Barcelona. Fue una sorpresa, para ellos y para mi familia, cuando les conté lo que había decidido, pero esa decisión fue la mejor que podía haber tomado, lo sigo pensando incluso ahora, después de todo lo que me ha pasado allí y después de haber tenido que volver o, más bien, escapar.

Hace unos ocho años estaba asfixiada en mi propia vida. Me di cuenta de que no era feliz porque quería volar lejos de todo lo que conocía, así que pisé el freno y busqué más allá de mi zona de confort para empezar de nuevo, para encontrar mi lugar en el mundo. Por aquel entonces había iniciado los estudios de Arte en la Universidad de Sevilla, pero, a pesar de toda la experiencia que viene de la mano de los años universitarios, mi vida había variado muy poco respecto a lo que era cuando estaba en el instituto. Seguía viviendo en casa de mis padres; había hecho nuevas amistades en la facultad, sí, pero la mayor parte del tiempo seguía saliendo con el grupo de siempre. Así que seguía siendo prácticamente la misma chica que se había criado en El Castillo. A pesar de ir cada día a la ciudad para estudiar, estaba cansada de ver los mismos paisajes; era capaz de predecir cuántas veces iba a decir buenos días cada mañana hasta que llegase a la puerta de la facultad, y cuántas buenas noches daría en el viaje de vuelta. Es cierto que tenía bastante libertad en casa, a pesar de ser hija única mis padres no me habían sobreprotegido, pero, aun así, sentía que me ahogaba. Supongo que también influyó el hecho de comenzar a ser consciente de las implicaciones que tendría mi decisión de ser artista. Una gran ciudad me daría más oportunidades para vivir de la pintura algún día. Así que organicé mi traslado a la Universidad de Barcelona para empezar el segundo curso allí. Abandonaría El Castillo, que era prácticamente como un pueblo. Mis padres lo escogieron para vivir porque ofrecía seguridad, tranquilidad y tenía los servicios

necesarios para no salir de allí en el día a día. La verdad es que El Castillo es precioso, rodeado por un enorme bosque de pinos. Un pequeño oasis junto a la ciudad. Sin embargo, ocho años atrás yo sentía que tenía que salir, costara lo que costase, del límite de aquellas murallas, aunque fuesen figuradas.

Mis padres y mis amigos se quedaron muy sorprendidos cuando les dije que me iba. Siempre había sido una chica tranquila, muy normal, jamás me había metido en líos, ni había sido especialmente rebelde en la adolescencia, mis travesuras no superaron la barrera de beber de más en alguna fiesta. Presentarme con la noticia de que me iba a Barcelona de la noche a la mañana no era propio de mí, pero ya llevaba mucho tiempo fraguando esta idea, tanto que no dejé lugar a que pensarán que no era una decisión firme.

Quería pintar, eso lo sabía desde que era una niña y por eso había escogido estudiar Bellas Artes. Sentía que me faltaba ese bagaje emocional, esas experiencias de vida que dan a los artistas un mundo interior distinto. Quería esa maleta de los bohemios, las vicisitudes, los éxitos, las nuevas caras, nuevos colores; quería la incertidumbre, lo desconocido... Quería escapar de allí. La primera respuesta de mi madre fue recordarme la gran cantidad de lugares que había conocido junto a ellos. Es cierto que siempre viajábamos los tres para que, desde pequeña, conociese culturas diferentes y viviera experiencias nuevas. Era consciente de la infancia tan afortunada que había vivido. De hecho, cuando comprendieron que de verdad quería dedicarme al arte, porque me apasionaba pintar y era muy buena en esa disciplina, se ocuparon de que conociera los museos más impresionantes del mundo. Pero ahora quería volar sin ellos, sin su seguridad ni su respaldo, quería descubrir el mundo desde otro punto de vista.

Respecto a mi padre, sabía que no estaba muy de acuerdo con mi partida, prefería estar cerca de su única hija. En varias ocasiones me había insinuado diferentes opciones laborales para el futuro que, aunque estuvieran relacionadas con el arte, fuesen más seguras y lucrativas que el sueño de exponer en galerías de arte y vender

cuadros. A pesar de todo, mi padre claudicó y aceptó la decisión, quizá temiendo que algún día le reprochase que no hubiera apoyado mis sueños, o quizá porque siguió aquello de «es mejor que escarmiente en cabeza propia». Y, además de aceptarlo, me ha ayudado siempre que lo he necesitado. Incluso ahora que he vuelto podría haberme dicho «te lo dije», pero no lo ha hecho, por lo menos todavía. Puede que, tanto mi padre y su agudo sentido de comisario como mi madre y su habilidad para notar cuál es mi estado de ánimo con solo oírme caminar, fuesen conscientes de que mi regreso apresurado ha tenido una razón que pesa más que un sueño frustrado, y a pesar de esto, o tal vez por eso, se han puesto de acuerdo para no preguntarme nada. Sé que el comisario Beaumont no va a quedarse tranquilo sin saber qué me ha pasado, al fin y al cabo, soy su hija. Igualmente, sé que es un buen hombre y aunque haya acertado en que no podría vivir de mis obras, seguro que le ha quedado un sabor de boca agridulce porque conoce la ilusión y las ganas que tenía de conseguirlo. Sus ojos me decían que, aunque en el fondo se alegraba de volver a tenerme cerca, no quería que fuese a costa de mi bienestar. Y a pesar de que conozco la incertidumbre que los carcome, es mejor no decirles nada, por lo menos por ahora. Más adelante suavizaré la verdad o me quedaré con la historia que les conté cuando me vieron aparecer de repente en casa. Esa que practiqué durante casi las seis horas que duró el viaje en tren desde Barcelona a Sevilla. Por mucho que digan que la alta velocidad acorta distancias, a mí las horas se me hicieron eternas.

También aproveché el viaje para trazar un plan con los pasos que iba a seguir a partir de ese momento. Estaba huyendo hacia adelante, sin rumbo, y era consciente de que tenía que buscar de nuevo un camino. Era casi de manual de autoayuda: en situaciones de caos hay que marcarse objetivos claros y prioridades. Si conseguía centrarme en eso, me agarraría a ello con fuerza, dejando de lado lo que de verdad me atormentaba. Ese fue el clavo ardiendo al que me agarré para no bajarme de aquel tren más hundida de lo

que había subido. Cuando el tren se detuvo para recoger pasajeros en Madrid, decidí llamar a mis amigos para avisarlos de que regresaba. Es más, estaba regresando en ese momento, sin dar más explicaciones. No era capaz de decir más sin ahogarme en lágrimas.

Durante los últimos kilómetros redacté una lista de pequeñas tareas que debía emprender: buscar un apartamento, mudarme, buscar un trabajo... No podía dejar descansar a mi mente porque esta se empeñaba en dibujar una y otra vez la palabra «fracaso» como si fuera un cartel de neón. Si no me centraba en esos objetivos me veía con veintiocho años volviendo a casa, aún más perdida que cuando me marché. Ese tren no solo me llevaba de vuelta a un lugar, sino también a un tiempo, varios años atrás, cuando quise abandonar El Castillo. Y, por supuesto, en aquel tren también se quedó la verdad. Esa que no contaría a nadie. Ellos no habían oído hablar nunca de Eric y así seguiría siendo. No conocían la parte luminosa, así que tampoco tenían que conocer la oscura.

Quizá les daría pinceladas de una relación fallida que se unía a mi escaso futuro laboral, y haría hincapié en que estaba harta de trabajar en otras cosas que no fueran exclusivamente pintar. Todo sumado me había empujado a volver a casa. Usaría la frase «aquí se vive como en ningún sitio», que es muy nuestra.

Un timbrazo me saca de mi ensimismamiento y me apresuro a recopilar las cosas: el móvil, algunas monedas sueltas, una goma para recogerme el pelo y... lista.

—¡Bajo ya! —les grito mientras voy hacia la puerta apagando el reproductor donde suena *Save Tonight* de Eagle-Eye Cherry.

Me compadezco de mis vecinos, seguro que, cuando supieron que la joven hija del comisario Beaumont se mudaba al bloque, no imaginaron que una chica sola pudiera dar tanto la lata. En realidad me considero tranquila y hogareña, sobre todo cuando pinto, pero como por ahora mi inspiración no ha comprado el billete de regreso, me limito a entrar y salir con mis amigos de la infancia y a seguirles la corriente en su operación, no tan secreta, para «convencer a Nicolle de que El Castillo tiene muchas aventuras que

ofrecer», lo que implica dejar que invadan mi recién alquilado apartamento muy a menudo.

Al abrir la puerta del edificio me encuentro a Laura con el dedo pegado al botón de mi piso, pero se frena cuando me ve cruzar el portal.

—¡Ya estoy aquí! Vaya escándalo el vuestro, ¿a qué vienen estas prisas? Los vecinos van a matarme. —Laura me mira con una sonrisa picarona y, haciendo oídos sordos a lo que acabo de decirle, vuelve a pulsar el timbre y sale corriendo para meterse en el asiento del copiloto, junto a Jorge.

La conozco desde el jardín de infancia. En realidad, los cuatro nos conocemos desde entonces, pero Laura a veces parece que todavía está en esa época, es un torbellino. Tiene una vitalidad desbordante y una mente que no para de idear travesuras constantemente, como si la preadolescencia la persiguiera, o no la abandonara del todo. Es menuda y bajita, y no se frena cuando se pone en marcha. Tiene el pelo rubio y corto y normalmente lo lleva peinado de forma desordenada, lo que hace que parezca una pilluela de rostro angelical. Lo peor es que es consciente de su gran poder y no lo emplea con responsabilidad.

Aprieto el paso para dejar de molestar a mis pacientes vecinos y me meto en la parte trasera del automóvil de Jorge. Saludo a Claudia y veo cómo me da un repaso de arriba abajo, negando despacio con la cabeza en un claro gesto de desaprobación por la elección de ropa que he hecho. Jorge ha traído el todoterreno, como cuando íbamos a la playa, pero estoy segura de que ese no es nuestro destino hoy. Está siendo un principio de marzo bastante fresco para lo que es habitual en Sevilla y el sol templó poco el ambiente. Mientras termino de abrocharme el cinturón veo que Jorge manotea con Laura luchando por escoger la emisora de la radio del vehículo.

—Sois tal para cual —les digo bajito mientras veo que Laura hace gestos de vencedora y se acerca a Jorge para besarle suavemente en los labios y cómo este la mira sonriendo embelesado.

Algo se remueve en mi interior cuando veo ese sencillo y cariñoso gesto entre la pareja. No puedo evitar sentir una punzada dolorosa que pugna por traer recuerdos a mi mente. Pero no voy a dejarlos salir. Ahora no. Cuando me acomodo en el asiento sigo notando la leve negación de cabeza de Claudia, así que me vuelvo y le hago un gesto con la cabeza a modo de «¿qué te pasa a ti?», y ella empieza a fruncir el ceño con la clara intención de reñirme por la ropa que llevo. La conozco desde los tres años, así que puedo apostarme la mano derecha a que es eso. Pero de repente veo cómo cierra de golpe la boca y pone una sonrisa parecida a la del gato de *Alicia en el País de las Maravillas*, y mira en dirección a los asientos delanteros para ver a Laura decir sin emitir sonido alguno «operación animemos a Nicolle».

¡Por favor! ¿Acaso se creen que la depresión me ha vuelto idiota o qué? En fin, me recuerdo a mí misma que tienen la mejor intención del mundo y que Claudia me quiere tanto como yo a ella, a pesar de que me está poniendo la misma mueca falsa que les regala a las clientas de su tienda de ropa cuando deciden llevarse algo que no les sienta bien.

—¿Vais a decirme ya adónde vamos? ¿Voy vestida para la ocasión? —No puedo resistirme a preguntar con sorna y mirando directamente a Claudia, porque sé que se muere por hacer algún comentario sobre mi ropa y que no lo hace porque desea verme feliz.

—Vas perfecta, solo vamos a dar un paseo en automóvil, Nicolle —me contesta Jorge guiñando un ojo y sonriendo de forma socarrona y conciliadora. Mi Jorge, mi alma gemela.

—Esto es impresionante, chicos...

Me han dejado realmente sin palabras, en este momento tengo el corazón un poco encogido por el cariño que este gesto de mis amigos me transmite. Ante mí se extiende un precioso paisaje. Hasta donde alcanza la vista solo veo una multitud de tonos mo-

rados, violetas y malvas que se cruzan y mezclan de esa forma tan única que solo la naturaleza puede combinar.

—Dios, qué bonito... —digo sonriendo, embobada con la llanura morada—. ¿Cómo no habíamos visto esto antes?

—Está rodeado por el bosque de pinos y es difícil encontrarlo —contesta Jorge.

—Además de que es una propiedad privada... —murmura Laura llegando a mi altura.

—¿Qué? —Me vuelvo a mirarlos con los ojos abiertos como platos—. Chicos, mi padre es policía, por Dios, Jorge el tuyo también, no podemos hacer estas cosas...

—Venga, pava, ni que estuviésemos robando, solo estamos mirando, haciendo fotos, y ya está. Además, ¿dónde están los dueños? ¿Eh? No se ve una casa ni de lejos, así que no te preocupes mujer que no pasa nada.

—Queríamos animarte, cariño —añade Jorge echándome el brazo por los hombros y caminando conmigo lejos de Laura y Claudia—. Te vemos triste, aún no sabemos qué te ha hecho volver. Dices que es porque no te salían las cosas bien, vale, te seguiremos el juego, pero sabemos, o mejor dicho sé, que hay algo más. —Entonces mi amigo se para y apoya las manos en mis hombros para mirarme de frente.

—Sabes que somos como hermanos, deberías saber que no me puedes engañar, pero bueno... lo dejaré pasar. Además, queremos que tu musa vuelva, Nicolle. Pensamos que no se ha ido, como tú dices, sino que solo está escondida porque te superan las circunstancias, pero volverá, ¿vale?

De repente me abrazo a Jorge bajo un enorme roble, llorando sin consuelo. Algo ha crujido en mi interior al escuchar las palabras de ánimo de mi querido amigo, algo que estaba conteniendo desde que había subido a aquel tren de regreso. Me abrazo a él con toda mi alma, sintiendo el consuelo entre sus brazos. Quiero que él note cuánto lo quiero y pedirle perdón por mi silencio, por mi secreto. ¡Ay, Jorge!, si supieras cuánto te he echado de menos y

cuánta falta me has hecho en estos últimos meses. Él me está devolviendo el abrazo y acariciándome la espalda, para que me tranquilice y deje de llorar. Y así estamos un rato, diciéndonos muchas cosas sin hablar, dejándome llevar por primera vez desde que todo pasó. Cuando logro contener los sollozos, me separo de Jorge y le sonrío con ganas, creo que esta es mi primera sonrisa de verdad en meses. ¿Por qué había renunciado a sonreír? Me debo a mí misma muchas sonrisas.

—Gracias, Jorge, eres el mejor amigo del mundo. ¿Por qué no te enamoraste de mí en vez de hacerlo de Laura? —La carcajada que suelta resuena en el prado.

—Aaagh, ¿tú me besarías? ¡Nooooo!

Paso de la sonrisa a la carcajada. «Desde luego que no», pienso. A pesar de qué a nuestros padres les encantaría, ninguno ha sentido por el otro nada más que amistad desde que éramos niños. Jorge es un tipo que llama la atención, con el pelo castaño y los ojos verde claro. En clase, desde que tengo uso de razón, siempre tenía a varias chicas coladitas por él, pero yo nunca fui una de ellas. Siempre me he burlado de él por su faceta de don Juan, porque cuando empezamos a salir por ahí, no había noche que no acabase con alguna chica colgada del brazo, del cuello o de donde fuera. Jorge es muy guapo, pero además desprende simpatía con esa sonrisa picarona de la que es consciente y que el muy listillo ha usado y sigue usando en su propio beneficio. Puede parecer el típico guaperas, pero es el mejor amigo que se puede tener. Solo me había enfadado una vez en la vida con él, y tampoco llegó la sangre al río; fue cuando me enteré de que estaba con Laura. Llegué a sentir celos, pero no porque lo quisiera para mí, nada de eso, sino porque no confió en mí para decírmelo. ¿Acaso tenía otra amiga mejor? Y encima cada vez que me acuerdo de cómo me lo contó... si es que me pone de los nervios todavía...

Laura, que tiende a tener ideas extrañas e inmaduras, pero que ella ve como las más divertidas y alucinantes (a veces solo ella lo ve), convenció a Jorge, que estaba absolutamente enamorado, de

un plan original para contarme que ambos habían comenzado a salir juntos después de años de ser amigos. Y él, que pierde el raciocinio por no decir el culo cuando la mira más de un minuto seguido, no se paró a pensar en que su «hermana» merecía una explicación algo más acorde con la relación de amistad que nos une. No, él sucumbió a la rubia peligrosa y decidieron darme una sorpresa de la forma más absurda del mundo: en El Prat, sí, allí estaba yo esperándolos en la zona de llegadas del aeropuerto para pasar un fin de semana de amigos en la gran ciudad cuando las puertas automáticas se abrieron y los vi salir tirando de sus maletas. Primero les sonreí sin reparar en que iban de la mano, pero cuando empecé a acercarme, los dos se miraron y se dieron un beso. Me quedé tan parada que las personas que me seguían chocaron contra mí y se acordaron de toda mi parentela. Incluso llegué a pensar que no eran mis amigos y que estaba haciendo el tonto saludando a otra pareja, pero nada de eso, eran ellos... ¿besándose? Cuando llegaron hasta donde me había quedado inmóvil, alzaron las manos unidas y gritaron: «¡sorpresa!». ¿Sorpresa? Su puñetera madre... Mientras me abrazaban, solo pude decirles «esta noche no salimos, porque creo que tenéis que contarme muchas cosas». Y así estuvimos hasta altas horas de la madrugada, ante una botella de ron y otra de cola. Ambos me contaron cómo se gustaban desde hacía mucho tiempo (está claro que no tengo sexto sentido alguno), pero que por diferentes circunstancias no se habían animado a confesar sus sentimientos a nadie. Lo más asombroso y lo que se mereció rellenar el vaso con más ron que cola fue escuchar que estas circunstancias se resumían en que, por una parte, Laura creía que Jorge estaba enamorado de mí y, por tanto, no se le hubiese ocurrido nunca meterse en medio. Y, por otro lado, estaba el idiota de mi amigo que, como Laura andaba siempre contando sus ligues y enamoramientos, no quería insinuar nada para evitar también crear una situación incómoda entre ellos si lo rechazaba. Nueva versión de los amantes de Teruel... tonta ella, tonto él.

La historia se volvió más absurda cuando me contaron que fue mi marcha la que desencadenó el acercamiento. Jorge estaba bastante triste, no solo porque me había ido, sino también porque le preocupaba que mi ausencia supusiera un distanciamiento del grupo y perdiera el contacto con Laura (a algunos el amor les da ese tipo de fallos neuronales). Un día, ella lo invitó a un café en la facultad para animarlo y, entre charla y charla, le dijo que entendía que estuviese así, pero que debía animarse porque yo volvería. Parece que Jorge tuvo un momento de lucidez mental y comprendió en qué sentido hablaba Laura. Así que tras el trascendental «café de la revelación» (como lo llamamos, fruto de la borrachera tonta que a esas alturas de la historia teníamos), Laura creyó que era libre de intentar algo con Jorge y, como ambos estudiaban en la facultad de Ciencias de la Salud, comenzaron a verse muy a menudo, hasta que una noche dejaron de ser solo amigos para ser novios. Cuando llegaron al final del relato y para disculparse por la absurda puesta en escena del aeropuerto (Laura seguía pensando, por supuesto, que la idea había sido estupenda y que así nunca lo olvidaría, hija de Satanás), me dijeron que querían venir personalmente a contármelo porque era «alguien especial» para los dos. Esto me lo dijo Jorge, sacando la sonrisa zalamera que sabía que podía conmigo desde que me robaba las chuches en el colegio.

—¿Estás más tranquila? —me pregunta Jorge haciéndome volver al presente.

—Sí, gracias por hacerme reír.

—Tenemos veintiocho años, nos conocemos desde los ¿tres? ¿Qué pasó en Barcelona, Nicolle? —El tono de verdadera preocupación tiñe sus palabras. No les he contado a ninguno lo que ocurrió con Eric, ni siquiera saben de su existencia.

—Os lo contaré, de verdad, pero cuando no me ponga a llorar como una magdalena, ¿de acuerdo? —le suplico en un suspiro.

—Apuesto a que estas dos se han perdido —cambia de asunto mientras mira a nuestro alrededor.

—No apuesto porque pierdo, con Laura puede pasar de todo... ¿Por qué hemos aparcado tan lejos?

—No podíamos llegar hasta aquí conduciendo, hay que aparcar en el camino, recuerda que esto es de alguien y, además, es imposible pasar por el bosque que lo rodea, aunque vengamos en el todoterreno. Voy a buscarlas. ¿Vienes o esperas aquí? Como tarden mucho, los sándwiches que hemos preparado se van a echar a perder.

—No, mejor espero aquí, me encanta este sitio, quizá logréis que me inspire después de todo. Por cierto, ¿cómo habéis encontrado esto?

A Jorge le cambia la cara de repente y me mira levantando una ceja.

—Buscando un lugar discreto con Laura, ya me entiendes...

La madre que los parió, otra vez. Ya me podía imaginar a estos dos buscando por el bosque un lugar para... desatar pasiones, seguro que por iniciativa de Laura. Ambos viven juntos desde que acabaron la carrera, no necesitan lugares para darle al asunto.

Mientras veo a Jorge que se aleja para buscarlas, me siento bajo el gran roble que preside el lugar para deleitarme con el silencio que me rodea. En Barcelona era muy difícil gozar de estos momentos y, al final, la soledad solo me ahogaba. Sentada bajo el árbol no puedo evitar acordarme del primer año en la Ciudad Condal. Me dediqué en cuerpo y alma a estudiar, no quería que mis padres pensaran que iba allí a perder el tiempo, así que los días pasaban entre las clases y mi minúsculo apartamento del barrio gótico. Pasear por esa hermosa ciudad, conocer a gente diferente en las clases, personas que venían de lugares tan distintos, todo eso me recordaba que era la mejor decisión de mi vida y me compensaba lo duro que fue terminar la licenciatura y adaptarme a los cambios. La pintura creció conmigo, ya no solo era pasión por pintar, era necesidad de hacerla. Llegaba a casa agotada, pero deseando enfrentarme al lienzo que reposaba cons-

tante en la pequeña sala del apartamento. Había salido de mi zona de confort al escapar de El Castillo y me sentía más libre que nunca.

Durante los veranos trabajé en el parque de atracciones del Tibidabo en la zona de ludoteca para los más pequeños, haciendo manualidades, dibujos... Los turnos eran larguísimos, pero me compensaba saber que ganaría lo suficiente para, durante el curso, buscar un trabajo de media jornada o de fines de semana y tener tiempo para estudiar además de poder ir ahorrando algo de dinero. Hice buenos «amigos de verano» y con ellos comencé a salir y a conocer la noche barcelonesa. El primer verano allí tuve una historia con uno de los compañeros del parque muy al estilo de las películas norteamericanas y duró lo que el verano. No quería distracciones para acabar mi carrera, aunque me hizo pasar muy buenos ratos, alguno de ellos en la parte trasera de las atracciones. Javi se llamaba. Javi, el de la noria. Jamás imaginé que una noria diera tanta diversión a los adultos, la verdad. Estas primeras andanzas en Barcelona se las contaba con todo lujo de detalles a mis amigos. Recuerdo a Laura diciéndome que les relataba el fin de mi historia de verano con la misma frialdad que un contable, pero es que aquello no era como perder al amor de tu vida ni nada de eso. El problema es que ella es muy de escenas dramáticas. Javi, el de la noria, no hacía que me diese un vuelco el corazón; para qué engañarnos. En realidad nadie me había hecho sentir eso, si obviamos los enamoramientos de los catorce años, claro.

Poco después llegó el momento de centrarme en el máster que decidí hacer cuando acabé la carrera. Era uno de los mejores cursos de especialización y su nivel de exigencia era, sin duda, tan alto como su fama. Cuando firmé la solicitud nunca imaginé que estaba firmando mucho más que mi acceso al curso, estaba firmando un punto decisivo en mi vida. Mi ingreso en el máster de Creación Artística: Realismos y Entornos me trajo muchas alegrías pero, en cierto modo, también fue el inicio de mi fin en Barcelona.

Después de un rato perdida en mis recuerdos, me doy cuenta de que llevo demasiado tiempo sola. Inconscientemente he estado dibujando el perfil de alguien sobre la tierra, pero no quiero traer ese rostro a mi mente, así que lo piso y me alejo de esos recuerdos no deseados y me dispongo a buscar al resto de la expedición. Espero que no me hayan dejado sola, porque esto está en medio de la nada... Miro el móvil pero no hay cobertura. Fantástico. Me toca ir a buscarlos. Tanto silencio me está empezando a asustar. Decido ir hacia donde creo que aparcamos y me adentro en el bosque de pinos agarrando el móvil con todas mis fuerzas, aunque sea inservible. ¿Por qué nada que se le ocurra a Laura puede pasar sin incidentes para los demás? No, mejor aún, ¿por qué decidí ser su amiga en la guardería? Estoy cada vez más nerviosa, rezando para que aparezcan o para que, al menos, los oiga.

—¡Esto es una propiedad privada! —grita alguien detrás de mí. Mierda, nos han pillado. ¡No! Me han pillado a mí, solo a mí.

Me paro al instante, pensando la mejor manera de disculparme y salir de allí lo más rápido que pueda, esperando que el guarda no sea un maniático de la ley y el orden que pretenda ponerme una denuncia. Cuando me doy la vuelta, disimulando lo asustadísima que estoy, me encuentro con el dueño de esa voz y, desde luego, nada me había preparado para lo que veo. ¡Madre mía! Tengo frente a mí a un hombre alto, moreno y con los ojos negros. Jamás había visto unos ojos así. Tiene una cara perfecta, de facciones angulosas y masculinas, pero me está mirando con mucha tensión y bastante enfadado. «Nicolle, espabila y reacciona. ¿Y si es un loco?». Al ser consciente de que estoy en medio de un bosque con un tipo que mide casi dos metros y que, por la cara que pone, está muy molesto, me asusto de verdad. El aire apenas me llega a los pulmones y tengo esa horrible sensación de pesadez en las piernas, como cuando sueñas que quieres correr con todas tus fuerzas pero no avanzas casi nada. Aun así, decido mostrar toda la tranquilidad que puedo para poder irme lo antes posible.

—Yo, lo siento...

—¿Estás bien? ¿Estás perdida? —interrumpe mi disculpa con voz seca, pero también teñida de una ligera inquietud. Una inquietud que me desconcierta.

—No, digo sí, ¡no! No estoy perdida, mis amigos están al llegar, no sabíamos que era una propiedad privada. Nos iremos enseguida, disculpa. —Ahora sí, había conseguido sonar más o menos tranquila. Era el momento de salir volando de allí y esperar que fuese en la dirección correcta.

Una débil sonrisa se dibuja entre los labios del extraño, una sonrisa casi imperceptible, disimulada, que me tranquiliza sin saber por qué. Y al mirarlo a los ojos dejo de tener miedo, en especial cuando veo su forma de sonreír. Sé, en ese instante, que no va a hacerme daño.

Siempre he tenido la capacidad de ver un poco más allá de las cosas, de percibir las emociones e interpretarlas. Mi profesor de Teoría del Arte de primer curso siempre me decía que en los creadores está esa capacidad, la que hace que brote en nuestro interior una emoción de cualquier cosa y que muchos nunca llegarán a entender. Esas palabras son las mismas que me dijo Eric una tarde frente a un lienzo que casi estaba terminando, me susurró que tenía el don de captar las emociones entre las cosas más sencillas, mientras me abrazaba con ternura por la espalda y reposaba el mentón en mi hombro. ¿Por qué he tenido que acordarme de él? Decido concentrarme en la situación actual y miro a los ojos negros del extraño porque quiero captar más de él, pero enseguida rehúye mi mirada, dirigiendo la suya hacia el bosque.

—Creo que estás totalmente perdida —murmura mirando a todos lados—. Conozco al dueño de esto y sé que no le gusta nada que anden husmeando por aquí, así que lo mejor es que dejéis vuestro momento de jugar a los exploradores y no volváis. ¿Has venido en un todoterreno azul? —me suelta el moreno con chulería. Me gustaba más la fugaz sonrisa, definitivamente sí. Y yo pensando que era muy atractivo, en su esencia y en tonterías cuando se está poniendo borde conmigo. Creo que su momento de

buen samaritano ha volado en dos segundos. Me enciendo de la furia al sentirme como una idiota: yo estaba recreándome en él y él... ¡se está riendo de mí!

—¡No estábamos explorando nada! Ya te he dicho que no sabíamos que esto tenía dueño. Y por supuesto que no volveremos más. Sí, el todoterreno en el que vine es azul, ¿por qué?

Intento sonar lo más segura posible. Aunque no tenga una razón lógica, no quiero quedar como una tonta delante de él. El triste intento de quedar por encima de su chulería me da la oportunidad de volver a ver esa sonrisa disimulada y todo mi cuerpo se estremece cuando me clava esos profundos ojos negros en los míos y se muerde el labio inferior en un claro esfuerzo por evitar reírse de mi comportamiento pueril. ¿Será consciente mi extraño de ojos negros de lo atractivo que es? ¿He dicho «mi extraño»? Tengo que reconocer que el chico será un estúpido, pero que me caiga un rayo si no merece la pena aguantar un pelín de prepotencia por verlo hacer ese gesto...

Cuando me doy cuenta de que estoy embobada con esa boca, me enfado aún más, hasta el punto de notar cómo las mejillas se me vuelven rojas como el fuego. ¿Qué me pasa, por favor? Ni que fuera el primer guapo que veo... Esta cabeza mía necesita ordenarse un poco, en casa voy a dedicar un rato a hacer examen de conciencia. ¿Esto es lo que pasa cuando llevas de abstinencia sexual mucho tiempo? ¿Así de tontos podemos ser? Tengo que solucionar esto en casa también.

—Porque si es el vehículo azul que acabo de ver viniendo para acá, acabas de confirmarme que estás totalmente perdida. Vas en dirección contraria.

Y su tono no deja lugar a dudas, se está burlando de mí. Quiero soltarle una frase mordaz que le baje los humos, pero el enfado hace que las palabras se me atraviesen en la garganta. Me planteo responder con un clásico «vete a la mierda» y seguir el camino hacia donde aparcamos (esta vez en dirección correcta) pero el cielo quiso alegrarme el día y, de repente, escuchamos la voz de

Jorge que viene en nuestra dirección. Mientras me vuelvo para buscar a mi amigo, el extraño guapo, pero estúpido, de ojos negros arranca su *quad* con un estruendo que hace vibrar al bosque. El ruido me sobresalta. De nuevo en su rostro solo veo una mueca seria, casi molesta. Cuando creo que va a marcharse sin decir ni siquiera adiós, frena un poco la enorme moto de cuatro ruedas y se vuelve, me mira y sonríe negando con la cabeza y alzando un poco la voz dice:

—¡Cuidado con volver por aquí, Dora la exploradora!

¿Qué? ¿Este tipo qué se cree, ni que tuviera doce años! Qué pena de carácter envuelto en un semejante cuerpazo. Jorge sigue llamándome, ahora se le oye mucho más cerca, así que abandono la idea de hacerle un corte de mangas al desconocido y grito llamando a mi amigo para que logre llegar hasta donde estoy.

—He oído una moto, Nicolle, ¿estás bien?

—Sí, es que me he despistado mientras os buscaba. Y sí, has oído una moto, concretamente de alguien que conoce al dueño y me ha dicho que no podemos estar aquí, así que vámonos que parece un capullo.

—Hemos tardado porque cuando llegué al todoterreno, la loca de tu amiga Laura estaba intentando acercarlo más al prado para no tener que andar tanto y se había atascado en una zona de arena que no vio. Mira que le he dicho que por aquí es mejor usar la tracción en las cuatro ruedas... pero ella a su bola. Todavía no sé si enfadarme con ella o reírme al acordarme del agobio que tenían las dos cuando me las he encontrado.

—Pues ríete porque ya deberías saber que con las ideas de tu queridísima Laura no puede nadie —comento tomándolo del brazo para andar hasta nuestro vehículo.

—Oye, menos mal que no apareció ese chico cuando Laura y yo vinimos la primera vez, porque podría habernos encontrado...

—Para, para, no sigas. No hace falta entrar en detalles, ya imagino lo que hacíais esa noche y recuerda que eres como mi hermano, por-fa-vor.

—Sí, pero era medio día... —confiesa Jorge con una expresión de niño pícaro.

Acabo de rescatar el estuche de los pinceles. Hace un rato he sentido esa necesidad de estar delante de un lienzo, de oler los aromas de los óleos, los lápices, el carboncillo... Quizá no ha sido un impulso muy fuerte, pero algo ha latido dentro de mí de nuevo y me ha obligado a sacar de las cajas de mudanza algunos de los materiales que conservo. Los chicos acaban de irse del piso, finalmente hemos hecho el pícnic en el suelo de mi pequeño salón, hasta que cada uno ha tenido que volver a sus quehaceres de un sábado por la tarde.

Cuando me he quedado sola, me he encerrado en la habitación que alberga el resto de cajas sin abrir y que quiero usar como estudio. El piso es bastante pequeño, pero dos habitaciones son mucho más de lo que tenía en Barcelona, así que no puedo quejarme. Cuando volví había decidido instalarme de nuevo en El Castillo, pero de ninguna manera iba a volver a vivir con mis padres. Ya tenía suficiente con un fracaso a mis espaldas. Así que alquilé este bonito apartamento en el extremo más alejado de la urbanización. El dinero que pude ahorrar de mis trabajos en Barcelona me daba esa libertad, al menos por un tiempo. Sin embargo, necesitaba encontrar un trabajo antes de que acabara el año.

El edificio de apartamentos desentona un poco con el resto de construcciones en El Castillo. Casi todo son adosados y grandes chalés individuales. Este bloque de tres plantas se construyó en los primeros años de la urbanización, cuando era común, entre las familias acomodadas, tener servicio en casa, así que se destinó para alojar a las cocineras y para todos esos trabajadores dedicados a cuidar los hogares de los primeros moradores de la urbanización. Actualmente no es más que un lugar que suelen alquilar personas de fuera de Sevilla que vienen temporalmente a trabajar y quieren vivir en una urbanización con muchas comodidades y cerca de la

ciudad. Ahora, uno de los pisos de la última planta se había convertido también en mi refugio.

En el estudio mantengo un lienzo impoluto sobre el caballete que me desafía día tras día. Pero esta tarde he sentido que era el momento de hacer frente a esa provocación y empezar a buscar esa parte de mí que se había perdido. Después de todo, puede que el plan de mis amigos hubiese funcionado y empezaba a recuperar a mis musas perdidas. Quizás había sido el maravilloso prado de lavanda lo que me había despertado, o puede que desahogarme con Jorge hubiera aliviado un poco la carga que me pesaba en el corazón. Pero también puede que los ojos negros más bonitos que había visto nunca hubiesen removido algo en mí, algo poderoso que necesitaba salir después de su letargo, escapando de esa tormenta que habitaba en mi interior y que si no lo dejaba brotar podría ahogarme para siempre.